

María “como de misteriosa luna, á la cual jamas se disminuyó “la divina luz;” y ¿cómo no se habria disminuido si solo en acciones dadas hubiese visto la esencia de Dios? En San Vicente Ferrer, que nos retrata agraciada á María “bajo la bellísima “figura de luz; pero siempre luminosa y siempre gloriosa; como “si dijera: María era siempre tan bienaventurada, que estaba “viendo á Dios.” En Alberto Magno, que nos habla de las virtudes de María “siendo la perfeccion, la consumacion y la posesion de la misma beatitud.” Y se funda igualmente en Basilio de Seleucia, Agustin, Epifanio, Cipriano y Jerónimo, que nos dan armas para defender esta sentencia, ya que ellos se la conceden.

En conclusion, diremos: es cierto que María la tuvo en el principio como la tuvieron Moisés y Pablo; es cierto que lo que Dios una vez concede ya no lo vuelve á tomar, sino obligado por una conducta algo infiel; y como la conducta de María fué fidelísima, de ahí la necesidad de concederle siempre lo que una vez le fué dado: luego si la tuvo al principio, la tuvo todos los dias; luego vió siempre á Dios por gracia y privilegio aunque de un modo semejante á la humanidad de Jesucristo.

Ademas, Dios se la dió á María por pura gracia, antes que ella obrara; ¿y se la negaria despues que le hubo amado con todo corazon, con todas las fuerzas, con toda el alma, memoria, entendimiento y voluntad? Se la ha dado á algunos santos en circunstancias dadas, no obstante sus imperfecciones; y *María, siempre toda pura y sin mancha ¿no la tendria en toda ocasion?*

Aquí no queremos examinar cómo pudo ser: nos basta saber que Dios pudo hacerlo; sabemos que María pudo tener siempre dicha vision beatífica; sabemos que le era muy conveniente, y concluimos resueltos que de hecho se la concedió y que de hecho la tuvo. ¡Tan divina es la perfectísima María!

Así como no hay ni un cristiano que en algun tiempo de su vida no haya aspirado á ser mejor: así nosotros, partiendo de tan generoso sentimiento, tomemos la resolucion de renovarnos completamente; y odiando todo pecado y amando la virtud, pidamos á María la gracia de la perseverancia en tan justos pensamientos, diciendo: A vos acudo, inmaculada y divina María, pidiendoos la mas preciosa de todas las gracias, que es la perseverancia en el bien obrar; y acudo á vos con tanta mas confianza, cuanto que jamas en el trascurso de los siglos, se ha oido decir que haya implorado en vano el que tuvo la dicha de acudir á vos. Animado de esta confianza, os suplico en este momento, que me la concedais, ya que es la gracia inefable que debe coronar todas las demas gracias, y que de un modo especial me debe proporcionar los infinitos goces de la gloria. Tírnisima Madre mia, no te olvides de los desgraciados protestantes y comunícales con tanta mas abundancia la verdad, cuanto son mas espesas las negras tinieblas del error que habitan en su corazon; y librándolos del infierno, disfrutemos juntos de las inefables delicias de la clara vista de Dios. Amen, Jesus.

CAPITULO VII.

ADORACION DE MARÍA POR LO QUE ELLA DA Á DIOS.

37. *Refutacion.*—Continuando los protestantes en su “Undécima Noche” en desnudar á María de todo privilegio, hacen su último esfuerzo, asegurando, que la Escritura nada dice de Ella que la ponga al nivel en que la colocamos los católicos: y con un cinismo tan absoluto como criminal, dicen que otros héroes del Antiguo Testamento han sido llenos de gracia, que han tenido consigo al Señor y que fueron declarados benditos.

¡Oh Dios mio, y cuánta mala fe! ¡Oh Madre mia! perdona tanta maldad, y con un exceso de amor divino en favor suyo, alcánzales una gracia tan poderosa, que comiencen á obrar desde ahora su eterna salvacion.

A María se le presenta un ángel y la saluda del modo mas reverente en nombre de Dios. "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; Dios te salve, María, porque has hallado la gracia ante Dios, porque concebirás en tu vientre, sin dejar por eso de ser Virgen, parirás un hijo y le impondrás por nombre Jesus. Este será grande, será el llamado Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará la sede de David su padre, reinará en la casa de Jacob por los siglos de los siglos, y su reino no tendrá fin. Dios te salve, porque el Espíritu Santo descenderá sobre tí, la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Dios te salve, porque lo que nacerá de tí será el Santo, y el llamado Hijo de Dios: porque ante Dios nada hay que sea imposible." Entonces María exclamó: "Hé ahí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.

Así presentaria la cuestion un hombre que obrara de buena fe, y que no se condujera como el autor de la tenebrosa "Undécima Noche." De este modo se ve que María no es una mujer comun; sino que es la mujer tan extraordinaria, que de nadie se ha dicho lo que de Ella se dice. Así, segun el Santo Evangelio, aparece no como una mujer comun, sino la Virgen Madre de Jesus: no como la que concibe por obra de hombre, sino la que debió cubrirla la virtud del Espíritu Santo; la que pare no á un hombre, sino al verdadero Dios y verdadero hombre. Por esto el ángel apellida al Hijo suyo con el nombre de Jesus, es decir, al Salvador de todo el género humano, al Hijo del Altísimo y al verdadero Hijo de Dios. Tal es María la verdadera Madre del Hijo que dió á luz; la verdadera Madre de Dios: y por tanto, la saludada por el ángel con la mayor reverencia

posible, la declarada llena de gracia bajo todo punto de vista y con toda la plenitud; la presentada teniendo consigo al Señor hasta el punto de ser su Madre, y la bendita entre todas las mujeres, como es bendito el fruto de su vientre, Jesus.

Esto es María, señor protestante, y no la presentada por usted, con cuatro feos borrones, hijos de la malicia ó de la ignorancia. Tal es María, la verdadera Madre de Dios, porque no obstante de ser solo criatura, lo es tan singular, que por eso la adoramos con el culto que le es propio. El Evangelista continúa el retrato de María verificada la Encarnacion, produciendo como Madre de Dios la santificacion de Juan, y declarándola por Isabel *la verdadera Madre de su Señor*. Entonces María abre sus labios y al proferir estas palabras: *Mi alma glorifica al Señor, de hecho el Señor es engrandecido por María*: y este engrandecimiento que Ella hace en Dios, es una de las causas que tenemos los católicos para adorar á María.

38. *María magnifica á Dios*.—No es cosa nuestra, afirmar que María engrandece al Señor, sino que es idea del Espíritu Santo, que abriendo sus augustos labios, la hizo decir: "Mi alma engrandece al Señor, por esto mi espíritu se alegra en el Dios mi Salvador. *Mi alma engrandece al Señor*; por esto todas las naciones me apellidarán *Bienaventurada*. *Mi alma engrandece al Señor*; porque me hizo grande Aquel que es poderoso, y cuyo solo nombre es santo.

Los Santos Padres se hacen cargo de esta divina magnificencia: Tertuliano asegura que *María, de hecho, engrandeció al Señor Dios*. San Bernardo escribe: "que Dios, que es admirable en sus santos, lo es de un modo tan especial en María, "su Madre, que le engrandeció." San Bernardino de Sena nos dice, "que María fué la singular magnificencia de Dios; porque "de hecho le engrandeció en su exaltacion y humillacion, en su "devocion tiernísima, accion de gracias y en el goce de todos

“los beneficios.” San Buenaventura, viendo en María tanto privilegio y cuán adecuadamente engrandecía al Señor, la apellidó por antonomasia “su obra admirable.” Como si dijéramos, admirable sobre todo punto de vista, ya que en sentir de San Jerónimo y San Lorenzo Justiniano “se encuentra en María la “multitud de todos los dones, virtudes y privilegios: así como “se ve también que es entre todo lo más admirable; que no tiene igual; que jamás podrá fabricarse quien se le asemeje, y “que está llena de todo lo que engrandece á Dios.” Esta verdad, colocada en los libros santos, nos vino anunciada en el Antiguo Testamento; porque si de la raíz de Jessé salió el tallo de María, así del tallo de María salió la flor de Jesús; como para decirnos que Dios debía de ser engrandecido en María, de María y por medio de María; ya vistiéndolo de nuestra naturaleza, ya haciendo que creciera el pequeño cuerpecillo, ya descubriéndolo á los pastores, á los magos, á los judíos, y á los gentiles, ya manifestándolo en todo tiempo por medio de la gracia. ¡Oh María! yo te adoro, te amo y te glorifico, porque de hecho glorificaste á Dios: y lo hiciste con toda verdad, ora por el cúmulo de bendiciones que te fueron dadas, ora por el modo especialísimo de tu correspondencia.

Y tú, ¡oh protestante! ¿por qué no verás en María lo que vemos los católicos? ¡Qué infelicidad ser uno ciego en medio de los rayos del sol de mediodía! Mira que María es aquella gran visión que vió el privilegiado Moisés: “Visión tan singular que “nos muestra á Dios singularmente engrandecido en María, de “María y por medio de María, ya que la Iglesia reconoce en la “misteriosa zarza que ardía y no se quemaba, la virginidad de “María.” Atiende que el Señor es grande, pero que nunca es más grande que cuando aparece engrandecido en la obra de María.

¡Salve, pues, oh María! ¡Salve, cúmulo de toda perfección,

manantial de toda dicha, fuente de todo socorro! ¡Salve, divina é inmaculada María! porque nos das á conocer á Dios, nos lo presentas, nos llenas de su luz y nos lo haces amar. ¡Oh María, cuán divina é inmaculada eres! Yo te adoro, adecuada declaración de lo más oculto y profundo de la incomprendibilidad de Dios, porque en tí veo la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad del Espíritu Santo. ¡Salve, oh María! ¡salve, y mil veces salve! porque de tí nació el Santo de los santos, el verdadero Hijo de Dios.

39. *María engrandece al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.*—Para comprender un poco de María y poder medir algo de su excelencia, considerémosla engrandeciendo al Señor en cada una de las tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Engrandece á Dios Padre, estando en María no solo por la creación y justificación, sino de un modo sumamente más excelente, que es con la Encarnación del Verbo en sus virginales entrañas. Así engrandece María á Dios Padre, y lo engrandece tanto más, cuanto que es Ella su obra maestra y la santísima entre todas sus obras más santas y perfectas.

María engrandece al Eterno Padre, dándole un Hijo en el tiempo que es el objeto de todas sus complacencias. ¡Qué glorioso el trono do está sentado el Eterno Padre! ¡qué excelso aparece! ¡qué majestad la que lo circunda! ¡qué belleza la que resalta en todo él! ¡Ah! honor, gloria y alabanza á la Inmaculada y divina María, que no obstante todo lo dicho, propio del Eterno Padre, quiso ser engrandecido por Ella, siendo verdadera Madre del Eterno Hijo. María engrandece también al Hijo divino, dándole una sustancia que no tenía: y al modo que en lo divino tal es el Padre cual es el Hijo; así en lo humano, tal es el Hijo cual es la Madre. Sí; es obra de María el Verbo Encarnado, y obra tan divina, que verdaderamente es Dios: y no solo es el más hermoso entre los hijos de los hombres, sino que

tambien es el que está lleno de infinita multitud de inmensas gracias y privilegios. El ser esto Jesucristo, lo debe á su Madre, porque solo por su Madre es Verbo Encarnado, y por su Madre, en cierto modo, recibió toda la gracia, todo el honor toda la bendicion, alabanzas y adoraciones que ha recibido en el cielo y en la tierra, de la conducta de la Iglesia y de todos sus hijos. Honor, por tanto, gloria, alabanza y adoracion á María, que así engrandeció á Dios Hijo, haciéndolo hombre.

El Espíritu Santo fué tambien en gran manera engrandecido por María su fidelísima Esposa, porque así como las operaciones de aquel hacen la santificacion de las almas, así las operaciones de esta es arrancar de los corazones el pecado, sembrar en ellos la semilla de la virtud y recoger los óptimos frutos de la santidad; y no lo extrañes, lector carísimo, porque al modo que el Espíritu Santo descendió sobre Jesucristo, así quedó Ella, hecha receptáculo del Espíritu Santo.

Considera las operaciones de los justos, qué bellas, qué grandes, qué excelsas, qué admirables son todas y cada una de ellas. María, la inmaculada y divina María, es de un modo toda especial la Madre tiernísima de todos los justos, y como á justos, obra en su favor de un modo muy especial; y los ilustra, los defiende, los alienta, los perdona, los amenaza cuando los miratibios, los acaricia en su favor, y así logra dar al Eterno nuevos hijos de su amor, á Jesucristo nuevas esposas que lo sirvan, y al Espíritu Santo nuevos corazones, haciendo al mismo que en todo y para todo, se hagan celestiales y divinos.

¿Qué te parece de María, lector carísimo? ¡Ah! Ella magnífica, magnífica al Señor: magnífica al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Y ¿por qué el protestante no lo cree así? ¿por qué se obstinará en creerla una mujer común? ¿en qué libros lo habrá aprendido? ¿en qué texto de Escritura lo fundará? Yo sí puedo asegurarte, lector carísimo, que

cuanto acabo de decirte de María, está fundado en la Escritura: y con textos de los libros santos prueban lo mismo, Lorenzo Justiniano, Gregorio Taumaturgo, Pedro Gelasio, Agustin, Tertuliano, Epifanio, Hugo Cardenal, Ruperto, Crisólogo y Bernardino. Y tú, ¡oh protestante! dime ¿en qué te fundas? ¿con qué razones lo alcanzas? ¿cómo tienes el atrevimiento de pronunciar tan horribles blasfemias? ¿No temes caer muerto ahora mismo, ó por ventura tienes mas ciencia y mas virtud que estos hombres tan sabios como santos? Dirás que no. Pues siendo esto así ¿por qué no crees lo que ellos creen? ¿por qué no confiesas tanta virtud con la fidelidad y certidumbre con que lo confiesa la Iglesia? ¡Oh María! ¡oh tierna Madre de los hombres! muestra á los protestantes que eres su Madre, para que con la mediacion de tu gracia se conviertan.

40. *María es la dignísima de toda alabanza.*—Si hablándose de María, lector carísimo, he deseado alguna vez acertar, es ciertamente en esta ocasion, en la que voy á hablarte de las alabanzas que hemos de dar á tan divina criatura; ya porque estoy persuadido de que su alabanza debe superar á toda otra alabanza que no sea la que se debe á Dios, ya porque esta alabanza, que muchas veces expresamos con el nombre de adoracion, es la piedra de escándalo de nuestros hermanos los protestantes: ya porque se muestran tan escandalizados, que llegan á decir que la Iglesia de Jesucristo se torna de dia en dia en religion de María. Oye, oh protestante, lo que voy á decirte como el resultado de mis convicciones, y despues me arguirás. ¡Oh María! por ser tú la Madre de tu Hijo Santísimo, debes ser alabada sobre toda otra alabanza, ya que tus merecimientos exceden á cuanto pueden alabarte todos los hombres. ¡Oh Inmaculada y divina María! ¿qué diré de tí? ¿Cómo haré por publicar tus glorias? Estoy tan persuadido que superas á todo lo que no es Dios, que tengo por cierto que no pueden alabarlo

suficientemente las lenguas de la tierra; y ni siquiera las del cielo. Porque ¿quién habrá que sea capaz de celebrar dignamente á la Madre admirable de Dios? ¡Ah! nadie, absolutamente nadie, ni cien y cien lenguas, ni mil y mil bocas, ni los habitantes todos, ni todas las criaturas, aunque cada una de ellas se convirtiera en la mayor alabanza que conocemos; nadie, absolutamente nadie; porque en su comparacion las alabanzas de toda criatura, son como una pequeña gota de agua comparada con el grande Océano; de lo que resulta, que por mas que se alabe á la divina María por todos los santos, y aun por todos los ángeles, jamas podrá haber ni un ápice de exceso.

Ella merece una alabanza mas elevada que los cielos, mas extendida que el firmamento, mas profunda que el abismo, mas clara que la cristalina fuente, mas hermosa que el sol, mas resplandeciente que las estrellas, mas apacible que la luna, mas pura que el cáliz de la flor, mas bella que el matiz de las flores, y mas cándida que la agraciada azucena. ¿Quién, pues, alabará á María como merece? Nadie, ciertamente nadie; porque al ejecutarlo, las lenguas mas discretas se hacen balbucientes, las mejores inteligencias se ciegan, las mentes mas agudas se embotan, y los retóricos pierden la fecundia, y los filósofos su dialéctica, y los teólogos su verdadera ciencia, y los escriturarios su palabra de Dios. ¡Ah! lector carísimo, yo te digo, te aseguro y te juro, que María es superior á toda alabanza, y que solo Dios puede alabar dignamente á su Madre. ¡Oh María! yo deseo que seas debidamente honrada, y que toda criatura te adore con la adoracion que te es propia; y que todas y cada una de ellas te diga: "Infinita, infinidad de veces, por infinita infinidad de justos, de infinita infinidad de lugares, seas para siempre bendita, loada, glorificada y adorada por los siglos de los siglos;" y lo seas en cada una de las veces con aquella alabanza que te diera Aquel brazo Omnipotente que te hizo grande.

¿Qué te parece, oh protestante, te habrás escandalizado? Ojalá que en vez de exclamaciones y diceses, presentaras razon y autoridades acertadas de personas dignas de fe; mas como no las presentas, ni jamas podrás presentarlas, yo te digo que esta alabanza, siempre se ha dado á María, porque es la alabanza que le dió Jesus declarándola su Madre, alabanza que expresaron los apóstoles constituyéndola su maestra; alabanza que le han dado los mártires, confesores y vírgenes, saludándola por su reina; alabanza que le dieran los ángeles y las mas encumbradas inteligencias, proclamándola las tres veces santa, santa, santa; y alabanza que le da el infierno á su pesar, cuando oye María Madre de Dios.

Mas para que, oh protestante, te escandalices menos, atiende que estos pensamientos que hice míos, son de San Juan Crisóstomo y de Gregorio de Neocesarea, de San Epifanio, de San Cirilo de Alejandría, de San Juan Damasceno, de San German, de San Basilio, de San Agustin, de San Ambrosio, de San Pedro Damiano, de San Bernardo y de San Fulberto, de San Anselmo y de Arnoldo; de Andrés Cretense, de Lorenzo Justiniano de San Leon, de Santo Tomás de Villanueva, de San Idefonso, de San Bernardino, de San Buenaventura, de San Dionisio y de San Jerónimo. Por tanto, atiende hasta qué punto es dogma de nuestra santa fe la adoracion de María Santísima, ya que siempre y en toda ocasion ha sido adorada, y lo ha sido tambien en todos los puntos del globo, al par de Jesucristo.

En efecto, es preciso convenir que los Santos Padres no solo han tenido cuidado de presentarnos á María adorada desde la cuna de la Iglesia, sino que hicieron una solicitud especial en presentárnosla aun en figura: y llegan hasta decir, que cada página del Antiguo Testamento, es un nuevo argumento en favor de la adoracion que damos á nuestra Inmaculada y divina María, como que es la dignísima de toda alabanza.